

A Chillán se vuelve

(Cuento)

ANDRES GALLARDO

Don Galileo Villavicencio Luque nació en Chillán, de padre chillanejo y de madre chillaneja. Los Villavicencio tenían tierras en Cocharcas, pero de hecho Chillán había sido siempre su ciudad. La poca plata que daba el fundito se gastaba en mantener lo mejor posible la decencia de la casa chillaneja, famosa por la cordialidad y por la abundancia con que recibían los Villavicencio. Los Luque venían del norte; don Galileo Luque, el abuelo, había llegado joven de Jefe de Estación a Rucalequén y desde el primer momento supo que Chillán sería su lugar en el mundo: también instaló su casa en Chillán, donde sus asados eran simplemente inigualables, gracias a los corderos y al pipeño que circulaban por la bien establecida red de los Ferrocarriles del Estado. Los Villavicencio y los Luque se amistaron en Chillán y el matrimonio de Julio Villavicencio y de Rapuncel Luque empujó la buena amistad de los Villavicencio y los Luque a los azares del parentesco. Galileito Villavicencio Luque fue el primer fruto concreto de un arraigo sólido.

Galileo heredó por los dos lados de la familia el amor a Chillán, pero como buen chileno se cargó para el lado de la familia materna y heredó de su abuelo Galileo Luque una explicable afición a la astronomía y una firme vocación ferroviaria. En Rucalequén aprendió a tomar en serio la coordinación del ramal costero Chillán-Concepción con la vía longitudinal, memorizó cada ramal de Chile, cada estación, los horarios de todos los trenes, llegó a conocer muchas máquinas por su sonido peculiar; en Chillán supo henchirse de orgullo ferroviario, cívico y patriótico cuando hirvió la prolongada polémica que precedió los comienzos de la electrificación. En Rucalequén empezó a aprender los nombres de las estrellas y a distinguir sus misteriosas

órbitas, sus constelaciones —como le explicaba el abuelo— más precisas y más complejas que la precisa y compleja red ferroviaria de la Gran Bretaña. Más tarde, el Liceo de Hombres de Chillán fomentó en Galileo la tentación más legítima de todo astrónomo: la formulación de sus propias teorías sobre el universo, aunque por cierto esta cosmogonía juvenil no pasó de escarceos polémicos en las clases de Filosofía del inolvidable Chanchito Queiruga. Pero Galileo salió del liceo y se metió inmediatamente a trabajar en la Empresa de Ferrocarriles del Estado, donde se dio por entero a asentar las bases de una Carrera Ferroviaria, dejando para más tarde las bases de una explicación coherente del universo, y fue así como el trabajo, el amor de Mercedes Riquelme, el Partido Radical, los largos inviernos, los hijos, la lluvia persistente sobre el ramal del Toltén, contribuyeron a hacer más acogedor el buen brasero que el mundo silencioso de las estrellas.

Tuvo que llegar la relativa madurez de los cuarenta años, la importancia de la Jefatura de Estación de La Calera, el luminoso y dulce cielo aconcagüino, para que la Teoría Cosmogónica volviera a ocupar un lugar entre las prioridades de don Galileo. Tímidamente al principio, en los momentos más íntimos de las tertulias, don Galileo confidenciaba que había llegado a concebir el Universo, la infinita variedad del Firmamento, como una gran esfera (la *Forma perfecta*) difusa cuyos puntos equidistan todos de la superficie componiendo, por tanto, un sistema omnicentral de mundos idénticos y donde no existe arriba o abajo, aquí o allá, cerca o lejos, sino mera ubicuidad. Poco a poco, cenas de Rotarios, centros culturales, comités de damas y algunos grupos esotéricos fueron acogiendo con interés, con simpatía o con legítima curiosidad aspectos sueltos de la Teoría y ayudando casi sin querer a don Galo a precisar sus puntos de vista. Don Galileo trabajaba su Teoría, la limaba, la canalizaba por la vía difícil de la intelectualización, procuraba resistir las tentaciones de la retórica, pero no dejaba de sentir un gozo muy hondo al ver las caras de expectación de cuantos lo oían asegurar 'yo estoy aquí y en innúmeros planetas idénticos, innúmeros Galileos Villavicencio viven, aman, sufren quizás, meditan y laboran; tú me escuchas aquí y en innúmeros planetas, innúmeros tú se preguntan con ansiedad por el sentido del cosmos'. Don Galileo escuchaba los aplausos con unción, sintiendo que se multiplicaban en su pecho los efluvios de agradecimiento de los innúmeros Galileos Villavicencio que en innúmeras galaxias se esponjaban con el arrullo de la aprobación pública. Poco a poco, sin embargo, un hálito creciente de tristeza iba minando la base del éxito de don Galo y hasta parecía cuestionar la validez misma de la Teoría. Y era que don Galo veía pasar el tiempo, sus hijos crecían, la vejez se acercaba, él se resistía a echar raíces en el fértil valle del Aconcagua. Don Galo Villavicencio

penaba por Chillán. En Chillán era donde debería haber brillado la luz planetaria de la Teoría. Don Galo pensaba en su tierra amada, suspiraba y revestía la Teoría de nostalgia ecológica. 'Daña un solo árbol, troncha una sola flor y arrasarás un bosque interminable, destruirás para siempre un jardín', decía, y le llegaban volando los aromas agradecidos del campo chillanejo. Don Galo hacía méritos, acumulaba puntos, acumulaba quinquenios, don Galo movía influencias por la fría red de los Ferrocarriles del Estado. Por fin, con la cincuentena y con la solidez de amistades bien cultivadas y bien instaladas, la casi felicidad llegó a don Galo en la forma de Jefatura de Estación de Parral, cuna de poetas, importante ramal a Cauquenes, pero, más relevante aún, en línea directa con Chillán, cerca, cerquita de Chillán.

Don Galo se instaló en Parral con relativo entusiasmo. La casa de la Jefatura de Estación era una casa grande con buen patio y con parrón para hacer más centrada la plática de los asados sabatinos. Eso sí, como un símbolo, don Galo se negó a cultivar una chacrita: eso quedaba para la tierra soñada. En todo caso, en Parral la Teoría se expandió con renovado entusiasmo. Rotarios, Leones, bomberos, damas multicolores, sociedades homeopáticas, clubes deportivos y centros teosóficos se peleaban por oír a don Galileo exponer la Teoría, 'yo seré un modesto hijo de la familia ferroviaria, pero me ensancha el corazón el peso de la alegría de los innúmeros Galileos Villavicencio que de innúmeras Caleras han sido promovidos a innúmeros Parrales de belleza', y la curiosidad se transformaba en recogimiento casi místico cuando don Galileo conminaba a abrir sus corazones cósmicos a los innúmeros hermanos equidistantes que en innúmeros planetas se emocionaban con la identidad del ciclo de lo existente. A medida que don Galo se apatriarcaba y se rodeaba de nietos, la Teoría se iba humanizando y se convertía también en referencia obligada en la familia ferroviaria y en diversos círculos parralinos. Los más chistosos llegaban al bar y empezaban a brindar por sus innúmeros gemelos que de innúmeros planetas correspondían los brindis con entusiasmo interminable; los más tremendistas se preguntaban con aprensión si la hora de la muerte les llegaría a todos por igual o si la rueda sin fin de seres idénticos encerraba un principio esperanzador de inmortalidad. La mayoría, eso sí, se limitaba a mirar con tolerancia y hasta con respeto a don Galo, de quien nunca se supo que diera razones para tener enemigos. Y sin embargo, en medio de todo, la tristeza de don Galo persistía. Parral estaba cerca, pero no era Chillán. En Chillán apenas se sabía de la Teoría y la muerte se acercaba sin duda y don Galo quería recibir su muerte bien avecindado en el mismo lugar donde había nacido. Don Galo ya le tenía echado el ojo a la casa que se quería comprar con su jubilación; ya

veía madurar los zapallos en las siestas calurosas, ya veía el brasero con el mate del invierno, veía rondar los nietos, algún bisnieto; lo tranquilizaba saber que allá en el fondo del patio, tras el gallinero, pasaba la sólida, la previsible línea férrea. Don Galo, los innúmeros Galileos melancólicos, no se aguantaban en Parral; Chillán tiraba. Y don Galo seguía haciendo méritos, volvía a mover influencias con la mayor dignidad que le permitían sus ansias chillanejas, pero aun en aquel antiguo país de políticos, de ferroviarios teorizantes, de pequeños burócratas, donde todo parecía capaz de suceder, eso sí que poco a poco, la Jefatura de Estación de Chillán era imposible para un sosegado radical que no desdeñaba amistades democristianas ni socialistas ni curas ni jubilados de las fuerzas armadas. La Jefatura de Estación de Chillán requería un Personaje. Don Galo pidió un traslado a cualquier puesto menor, una Inspectoría de Material, una Dirección de Patio. La Dirección General de la Empresa de Ferrocarriles del Estado por fin entendió que el traslado era cosa más importante que un mero ascenso y trasladó a don Galo a pasar sus últimos años en la Empresa como Jefe de Coordinación de Tránsito de la estación de Chillán.

El traslado fue todo un acontecimiento. Como coincidió con la madurez del otoño, la celebración se solemnizó por tres días con metros de longaniza, con un río sin fin de pipeño y con la alegría sin matiz de don Galo, de su familia, de los ferroviarios y de los vecinos que recobraban a alguien que, en su corazón, nunca había partido. Ahora Chillán podría saber de la Teoría en forma directa y plena. La Teoría asentaría su solidez en contacto con la tierra de donde había emanado. Don Galo no era propiamente un promotor fanático de la Teoría. Sólo aprovechaba las oportunidades que se terciaban y hablaba sólo cuando se lo pedían. Los Rotarios de Chillán Viejo, la Asociación de Jubilados Ferroviarios de Ñuble y la Junta de Vecinos de Nueva Carrera le pidieron a don Galo que hablara. Don Galileo habló. Habló emocionado ante un Gimnasio Municipal repleto. Habló ante regidores a quienes había visto de niños jugar a la pelota, habló ante señoras que de pronto se sentían llevadas a su lejana juventud, interminablemente amadas por interminables Galileos; habló ante una mujer joven, llamada Violeta, de quien se decía que tocaba la guitarra que la hacía hablar y que cantaba canciones tan enteras como la emoción que en ese momento sentía don Galileo; habló ante un viejo rival, que ahora escuchaba con respeto y sin sombra de resentimiento; habló ante el carnicero, habló ante el cura, habló ante el Comandante Honorario del Cuerpo de Bomberos de Chillán, habló ante las asiladas de la casa de doña Lila, que escuchaban calladitas y como anhelantes en un rincón. Don Galileo habló en familia, casi como para sí,

'mis amigos, cuánto tiempo ha pasado por esta difusa esfera de innúmeros puntos equidistantes en que existimos', bajaba la voz, obligando a un recogimiento y a una atención especial, 'cuántas noches de tristeza repetida innúmeros Galileos Villavicencio añoraban su ciudad natal'; los más jóvenes no entendían bien por qué don Galileo les causaba esa emoción desconocida, 'y aquí estoy de vuelta, mis queridos amigos, para compartir con ustedes mi pequeña verdad, que sin embargo, se expande sin fin por el mundo interminable'. Don Galo crecía frente al micrófono, la voz se le ponía más diáfana y más suya, 'en esta esfera difusa de innúmeros planetas idénticos donde innúmeros Galileos Villavicencio hablan y donde innúmeros seres que te repiten a ti y a ti y a ti escuchan con reticencia o con simpatía', la voz le salía ya como un limpio susurro que volaba sin esfuerzo por el gimnasio anhelante, 'yo y tú y tú, todos, confluimos por ramales diversos en este Chillán de nuestros sueños', y don Galileo parecía volar también al ritmo alado de su voz, 'amigos queridos, en este universo de repetidos mundos solitarios', y las lágrimas le corrían serenamente mientras daba la Teoría su forma final: 'amigos, Chillán hay uno solo'.